

BOLETÍN 1 (02-2023)

ARTÍCULO

Introducción

En 1998 iniciamos el Boletín de La Casita, espacio educativo en Barcelona desde 1996 y origen del proyecto Roure. En aquel caso, ese boletín era en papel y muy “hecho en casa”. Como gesto de reconocimiento a nuestros orígenes, hemos seleccionado unos fragmentos de aquel primer boletín.

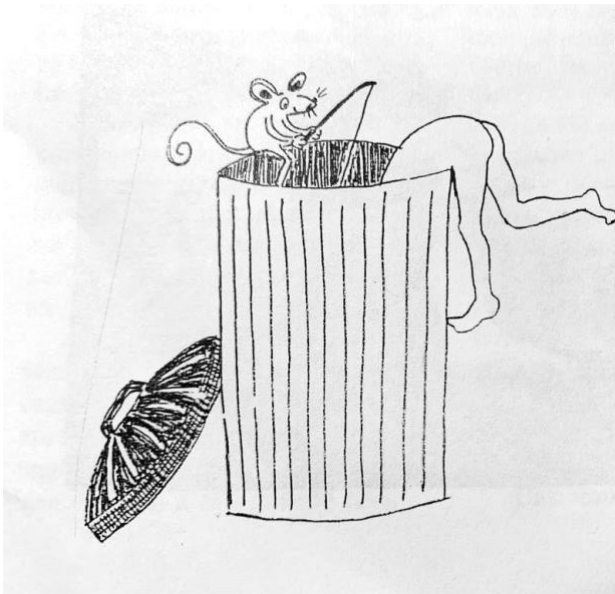
“Dice Freinet: “El niño no es un granero que se llena sino una llama que se alimenta”. Creo que tendríamos que volver la mirada hacia esa llama que vibra en ellos y ellas, en nosotros. Y redescubrir la calidad de un instante de comunicación.”

COSAS QUE PASAN.

El cubo grande.

En el patio tenemos un cubo de la basura grande a modo de recipiente para jugar con agua. Un día que estaba bastante lleno, Àngel, Pau y Greta me muestran el fondo donde hay piedras y algunos animales que quieren rescatar. Tiran más, les llamo la atención sobre el hecho de que unos flotan y otros se van al fondo. Les animo a pensar y probar formas de “pescarlos”; prueban de puntillas, se suben a algunos objetos para “ser más altos”, cogen palas, un colador..Greta consigue coger la serpiente y la enseña satisfecha.

En otro momento de la mañana Sergi, que juega con un caballo, se asoma al cubo y lo tira al agua. Ve que ha quedado flotando en el agua y me pide que se lo coja. Mientras sigo cosiendo una letra de gomaespuma, le planteo que busque una manera de cogerlo él mismo. Entonces comienza a quejarse y a lloriquear, de forma teatral, diciendo que no puede. Sigo con lo mío, aparentemente sin prestarle mucha atención:



-Sergi, puedes probar a cogerlo si quieres y si no déjalo.

Al cabo de un momento más de queja, se queda en silencio y empieza a buscar algo cercano para subirse, se pone de puntillas, se estira pero no consigue alcanzarlo y vuelve al lloriqueo. Entonces llega Greta, le observa y le pregunta:

-¿Qué te pasa, Sergi?

-El caball!

-¿Que quieres coger el “caball”?

Busca el escurreverdure con el que había conseguido coger la serpiente y recoge el caballo, que flotaba en el agua. Se lo da y se va.

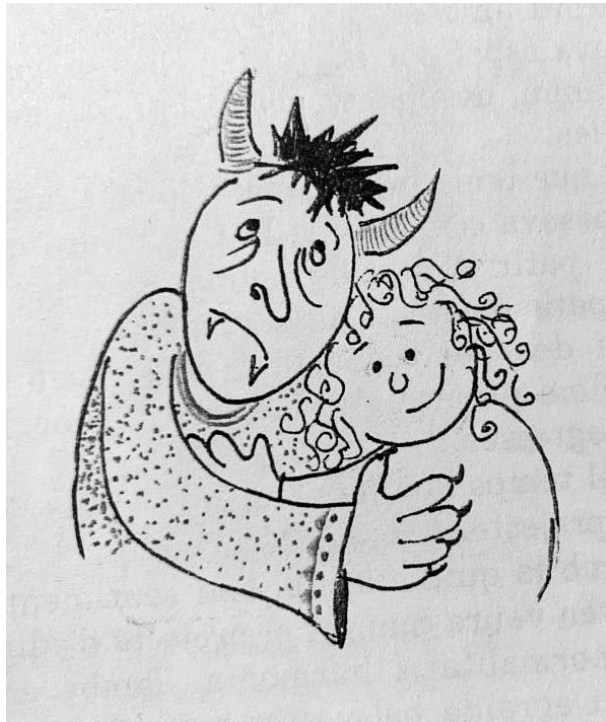
En otro momento, desde la piscina, Tadzio tira piedras al cubo y ríe al ver como salpica el agua. Greta se une al juego y le enseña los animales del fondo del cubo. Tadzio, sin

pensárselo dos veces, trepa por el cubo, hace equilibrios en el borde para sentarse y luego se mete dentro riendo. Empieza a coger animales y a tirarlos lejos mientras Greta le mira asombrada y atenta. Tadzio sale del cubo con la misma facilidad con la que entró. Greta intenta entrar, con cierta

precaución, descubre un buen apoyo en el asa y durante un buen rato experimenta diferentes modos de entrar y salir del cubo.

Clara y el “dimoni”

Desde la primera vez que sacamos las marionetas, Clara manifestaba un temor que la hacían refugiarse en una de nosotras, y sin embargo mostraba también interés, especialmente cuando el



“dimoni” cobraba vida. Para los demás estos eran momentos de gran emoción y euforia, querían ser “dimonis” o que el “dimoni” les persiguiera, mientras ella manifestaba cada vez más angustia. Entonces yo ponía al “dimoni” a dormir y durante un tiempo no le dejamos que saliera de su casa, pero Clara no acababa de tranquilizarse. Ese temor acabó convirtiéndose en pánico; su gesto cambiaba y reclamaba salir de la sala conmigo.

Iniciamos un proceso para dar salida a esa situación emocionalmente difícil para ella. Creamos una complicidad en el grupo en contra del “dimoni”; le sacábamos para enfadarnos con él, le tirábamos al suelo bien lejos, le pegábamos y le cantábamos la canción del “dimoni pelut” (que demostró tener gran fuerza catártica). Clara empezó observando desde lejos la escena y poco a poco se fue integrando en estos

“rituales” hasta que un día la animé a que tirara al “dimoni” ella también al patio, bien lejos. Le costó un rato calibrar su temor a cogerlo, pero al fin lo hizo y lo lanzó con tanta fuerza que yo misma quedé asombrada.

Desde entonces pedía a menudo este juego y participaba en él con intensidad. A partir de aquí, el “dimoni” ya pudo hacer su función y Clara, durante un tiempo, me proponía con frecuencia: “Bego, tú i jo som dimonis”. Nos escondíamos en la casita de tela y pillábamos a los niños y niñas que se acercaban por allí.

Llegan los paletas

Llaman a la puerta y aparecen dos paletas que vienen a arreglar la pared del patio. Vamos todos a mirar la pared y les señalo los desconchones que tiene. Durante un buen rato los hombres se dedican a traer y montar andamios y la expectación es enorme; por precaución nos vamos a la sala pequeña y colocamos las sillas cerca de la ventana, para que puedan subirse y observarlos mejor. Iniciamos una conversación sobre el tema y cada cual explica lo que sabe, lo que ha vivido (casi todos han visto obras en la calle, pero no andamios con personas subidas en lo alto). Vamos comentando lo que hacen, las herramientas que tienen y cómo las usan. Les propongo ser paletas y construir un andamio nosotros también. Vamos a la sala grande y por el camino comentan: “¡somos paletas!”. Engancho un papel continuo en la pared e inicio algunos agujeros, diciendo: -¡Uy, esta pared está rota!

Entre todos buscamos algo que pueda servir de andamio, prueban con sillas, pero no llegan y les propongo usar los trípodes de psicomotricidad y las maderas largas sobre ellos. Todos colaboran y comprueban el peso de estas piezas que usamos a diario. Una vez montado el andamio, se suben e inician con las manos todo tipo de acciones sobre el papel con las herramientas y con las ceras de colores que les ofrezco: rasgar, agujerear, arrugar, pintar... Entonces les ofrezco celo para arreglar los desperfectos. Se dedican a pegar tiras aquí y allá, sin importarles que sigan quedando agujeros. Para Pere, María y Pau crece el interés en la acción misma de rasgar y romper el papel hasta que no llegan ni de puntillas a la parte más alta del papel. Entonces les ofrezco sillas para hacer más alto el andamio y las coloco sobre las maderas. Así subidos a las sillas se concentran en pintar lo que queda del papel. Coloco el cojín grande bajo el andamio y comienzan a tirarse una y otra vez con entusiasmo.

Manel se sirve el agua

En la hora de la comida, Manel va a buscar un vaso y me pide agua.

-Mira Manel, en aquesta gerra hi ha, te la pots posar tu mateix.

Coge la jarra y empieza muy poquito a poco, dejando caer un hilillo de agua sobre el vaso. Después se anima y va echando más cantidad sin parar y el agua rebosa por el borde del vaso, empieza a caer por la mesa y chorrea al suelo. Después de un momento contemplando cómo sigue rebosando el agua que echa, dice:

-Mira, cau!!...i m'ha caigut a la sabatilla (se toca para comprobar que está mojada).

-Sí, i com és això, Manel?

No responde, va al grifo y me pide más agua. Le propongo que antes recoja el agua que ha caído con la balleta y ponga periódico en el suelo para no resbalar. Lo hace con ganas y le echo más agua en la jarrita, va a vaciar el vaso lleno hasta el borde y vuelve a repetir la misma operación, observando muy interesado cómo el agua vuelve a rebosar del vaso.

REFLEXIÓN. EL ESTRÉS EDUCATIVO



La mayoría de los niños y niñas que me rodean, con los que me cruzo en cualquier lugar, se podrían considerar afortunados por haber nacido en una parte del mundo con tantos y tan variados recursos educativos, por estar criados con tan buenas intenciones educativas. Y sin embargo...

En el ámbito familiar están inmersos, en pocos años, en un mar de estímulos tan impactantes y complejos como el cine, la televisión, los ordenadores, el teatro o los museos interactivos, los parques de atracciones o los viajes a lugares lejanos, los escaparates de las tiendas, la publicidad callejera, etc. En la escuela se estructuran minuciosamente los horarios para ofrecer una programación lo más completa posible. Seguramente después los niños y niñas pasen por un sin fin de actividades extraescolares con lo que la escuela no puede abarcar. Tengo la impresión de que hasta en los ambientes más sensibilizados sobre la educación, se respira complacencia o como mínimo cierto conformismo por lo “inevitable” de entrar en esta tendencia generalizada: ocupar el tiempo de la infancia con actividades educativamente correctas.

Cabría preguntarse: ¿tenemos en cuenta qué es importante de la vivencia?, ¿estamos abocando a los niños a ese ritmo desmesurado del adulto actual, en el que no existe la espera, el tiempo necesario para la sedimentación, para paladear, asimilar, reinventar la realidad?, ¿le quedan al niño recursos para el rechazo, la resistencia o la selección de esas vivencias en función de sus necesidades ante una insistente presión en forma de lluvia multicolor y fascinante que le pretendemos

ofrecer continuamente?

Cuantas más vivencias más satisfecha parece estar nuestra conciencia de educadores (madres, padres, o profesionales), cuando con una sola de ellas, cargada de intensidad y calidad humana, un niño ya tendría materia prima para investigar, analizar, desmenuzar y extraer aprendizajes variados durante largo tiempo.

Dice Freinet: “El niño no es un granero que se llena sino una llama que se alimenta”. Creo que tendríamos que volver la mirada hacia esa llama que vibra en ellos y ellas, en nosotros. Y redescubrir la calidad de un instante de comunicación.